

Si bien se mira, este libro no es otra cosa sino un compendio de lecturas morales para los niños; nada hay en él que no esté ya escrito, que no esté en la conciencia de los hombres... Ese precisamente es un escrito. Nunca se han dicho con más emoción estas viejas cosas; estos lugares comunes del entimiento y de la educación infantil.

Toda la originalidad del escritor, en lo que le resta de existencia al mundo, está reducida a decir mejor, es decir, más sencillamente, lo que por acuerdo universal merece la pena de saberse y decirse.

El tema hoy tratado por Amicis reaparecerá, sin duda, en otros escritores y en otros siglos; pero difícilmente reaparecerá mejorándole.

Fernánflor.



ACERVO DE LITERATURA

120824



OCTUBRE

EL PRIMER DIA DE ESCUELA

Lunes 17.—Hoy ¡primer día de clase! ¡Pasaron como un sueño aquellos tres meses de vacaciones, consumidos en el campo! Mi madre me condujo esta mañana a la sección Baretí, para inscribirme en la tercera elemental. Recordaba el campo e iba de mala gana. Todas las calles que desembocaban cerca de la escuela hormigueaban de chiquillos; las dos librerías próximas estaban llenas de padres y madres, que compraban carteras, cuadernos, cartillas, plumas, lápices; en la puerta misma se agrupaban tanta gente, que el bedel, auxiliado de los guardianes municipales, tuvo necesidad de poner orden. Al llegar a la puerta sentí un golpecito en el hombro; volví la cara era mi antiguo maestro de la segunda, alegre, simpático, con su pelo rubio y encrespado, que me dijo: “Conque, Enrique, ¿nos separamos para siempre?” Demasiado lo sabía yo; y, sin embargo ¡aquellas palabras me hicieron daño! Entramos, por fin a empujones. Señoras, caballeros, mujeres del pueblo, obreros, oficiales, abuelas, criadas todos con niños de la mano y cargados con los libros y objetos de que antes hablé llenaban vestíbulo y escaleras, produciendo un rumor como cuando se sale del teatro. Volví a ver con alegría aquel zaguán del piso bajo, con las siete puertas de las

siete clases, por donde pasé casi todos los días durante tres años. Las maestras de los párvulos iban y venían entre la muchedumbre. La que fue mi profesora de la primera superior, me saludó diciendo: "Enrique, tú te vas este año al piso principal y ni siquiera te veré al entrar o salir!" Y me miró con tristeza. El director estaba cercado por una porción de madres que le hablaban a la vez, pidiendo puesto para sus hijos; y por cierto que me pareció que tenía más canas que el año pasado. Encontré algunos chicos más gordos y más altos de como los dejé; abajo, donde ya cada cual estaba en su sitio, vi, algunos pequeñines que no querían entrar en el aula y se defendían como potrillos, encabritándose; pero a la fuerza les hacían entrar en clase, y aún así, algunos se escapaban después de estar sentados en los bancos; otros, al ver que se marchaban sus padres, rompían a llorar, y era preciso que volvieran las mamás, con lo que la profesora se desesperaba. Mi hermanito se quedó en la clase de la maestra Delcato; a mí me tocó el maestro Perbono, en el piso primero. A las diez, cada cual estaba en su sección: cincuenta y cuatro son en la mía: sólo quince o dieciséis antiguos compañeros míos de la segunda, entre ellos Deroso, el que siempre sacaba el primer premio. ¡Qué triste me pareció la escuela recordando los bosques y las montañas donde acababa de pasar el verano. Hasta me acordaba con pena de mi antiguo maestro, tan bueno, que se reía tanto de nosotros; tan chiquitín, que casi parecía un compañero; y sentía no verlo allí con su cabeza rubia enmarañada. Nuestro profesor de ahora es alto, sin barba, con cabello gris, es decir, con algunas canas, y tiene una arruga recta que parece cortarle la frente; su voz es ronca, y nos mira fijo, uno después de otro, a todos, como si quisiera leer dentro de nosotros; no se ríe nunca. Yo decía para mí: "He aquí el primer día. ¡Nueve meses por delante! ¡Cuántos trabajos, cuántos exámenes mensuales, cuántas fatigas!" Sentía verdadera necesidad de encontrar a mi madre a la salida, y corrí a besarle la mano. Ella me dijo: "Animo, Enrique: estudiaremos juntos las lecciones!" Y volví a casa contento. Pero no tengo el mismo maestro, aquel tan bueno que siempre sonreía, y no me ha gustado tanto esta clase de la escuela como la otra.

NUESTRO MAESTRO

Martes 18.—También me gusta mi nuevo maestro desde esta mañana. Durante la entrada, mientras él se colocaba en su sitio, se iban asomando a la puerta de la clase, de cuando en cuando, varios

de sus discípulos del año anterior, para saludarle. "Buenos días, señor maestro; buenos días, señor Perbono". Algunos entraban, le cogían la mano y escapaban. Se veía que lo querían mucho y que habrían deseado seguir con él. El les respondía: "Buenos días", y les apretaba la mano, pero no miraba a ninguno; a cada saludo permanecía serio, con su arruga en la frente, vuelto hacia la ventana, y miraba al tejado de la casa vecina, y en lugar de alegrarse de aquellos saludos, parecía que le daban pena. Luego nos miraba uno después de otro, con mucha fijeza. Empezó a dictar paseando entre los bancos, y al ver a un chico que tenía la cara muy encarnada y con unos granitos dejó de dictar, le tomó la barba y le preguntó qué tenía; le tocó la frente para ver si sentía calor. Mientras tanto, un chico se puso de pie en el banco y empezó a hacer tonterías. Se volvió de pronto como si lo hubiera adivinado: el muchacho se sentó y esperó el castigo, encarnado como la grana y con la cabeza baja. El maestro se fue a él, le colocó una mano sobre la cabeza y le dijo: "No lo vuelvas a hacer". Ni una palabra más. Se dirigió a la mesa y acabó de dictar. Cuando concluyó, nos miró un instante en silencio, con voz lenta, y aunque ronca, agradable empezó a decir: "Escuchad, hemos de pasar juntos un año. Procuraremos pasarlo lo mejor posible. Estudiad y sed buenos. Yo no tengo familia. Vosotros sois mi familia. El año pasado todavía tenía a mi madre: se me ha muerto. Me he quedado solo. No tengo en el mundo más que a vosotros; no tengo otro afecto, ni otro pensamiento. Debéis ser mis hijos. Os quiero bien, y es preciso que me paguéis en igual moneda. Deseo no castigar a ninguno. Demostrad que tenéis corazón; nuestra escuela constituirá una familia, y vosotros seréis mi consuelo y mi orgullo. No os pido promesas de palabra, porque estoy seguro que en el fondo de vuestra alma ya lo habéis prometido, y os lo agradezco". En aquel momento apareció el bedel a dar la hora. Todos abandonamos los bancos despacio y silenciosos. El muchacho que se había puesto de pie en el banco se acercó al maestro y le dijo con voz trémula: "¡Perdóneme usted!" El maestro le besó en la frente y le contestó: "Está bien; anda, hijo mío".

UNA DESGRACIA

Viernes 21.—Ha empezado el año con una desgracia. Al ir esta mañana a la escuela, refiriendo a mi padre las palabras del maestro, vimos de pronto la calle llena de gente que se apiñaba delante del colegio. Mi padre dijo al punto: "Una desgracia. Mal empieza el año". Entramos con gran trabajo. El conserje estaba rodea-

do de padres y de muchachos, que los maestros no conseguían hacer entrar en las clases, y todos se encaminaban hacia el cuarto del director, oyéndose decir: “¡Pobre muchacho! ¡Pobre Roberto!” Por encima de las cabezas, en el fondo de la habitación llena de gente, se veían los kepis de los guardias municipales y la gran calva, del señor director; después entró un caballero con sombrero de copa, y todos dijeron: “Es el médico”. Mi padre preguntó a un profesor: “¿Qué ha sucedido?” “Le ha pasado la rueda por el pie”, respondió. “Se ha roto el pie —dijo otro—. Es un muchacho de la clase segunda, que yendo a la escuela por la calle de Dora Grossa y viendo a un niño de la primera elemental, escapado de la mano de su madre, caer en medio del arroyo a pocos pasos de un ómnibus que se echaba encima acudió valientemente en su auxilio, lo cogió y lo puso a salvo: pero no habiendo estado listo para retirar el pie, la rueda del ómnibus le había pasado por encima. Es hijo de un capitán de “artillería”. Mientras nos contaban esto, entró, como loca una señora en la habitación, abriéndose paso: era la madre de Roberto, a la cual habían llamado, otra señora salió al encuentro, y, sollozando le echó los brazos al cuello: era la madre del niño, del salvado. Ambas entraron en el cuarto y se oyó un desesperado grito: “¡Oh, Roberto, hijo mío!” En aquel momento se detuvo un carruaje delante de la puerta, y poco después se presentó el director con el muchacho en brazos, que apoyaba la cabeza en el hombro de aquél, pálido y cerrados los ojos. Todos permanecíamos callados; se oían los sollozos de las madres. El director se detuvo un momento y levantó al muchacho con sus brazos para que lo viera la gente, y entonces, maestros, maestras, padres y muchachos exclamaron todos a un tiempo: “¡Bravo, Roberto! ¡Bravo, pobre niño!” Y le enviaban saludos los maestros, y los muchachos que estaban allí cerca le besaban las manos y brazos; él abrió los ojos y murmuró: “¡Mi cartera!” la madre del chiquillo salvado se la enseñó llorando y le dijo: “¡Te la llevo yo, hermoso; te la llevo yo!” Y al decirlo sostenía a la madre de herido, que se cubría la cara con las manos. Salieron, acomodaron al muchacho en el carruaje y el coche partió. Entonces entramos todos silenciosos en la escuela.

EL MUCHACHO CALABRES

Sábado 22.—Ayer tarde mientras el maestro nos daba noticias del pobre Roberto, que andaría ya con muletas, entró el director con otro nuevo alumno, un muchacho de cara muy morena, de

ojos tristes, estatura baja, de nariz ancha y cejas pobladas y juntas; todo su vestido era de color obscuro y llevaba un cinturón de cuero negro alrededor del talle. El director después de haber hablado al oído con el maestro, salió dejándole a su lado al muchacho que nos miraba espantado. Entonces el maestro lo cogió de la mano y le dijo a la clase: “Os debéis alegrar. Hoy entra en la escuela un nuevo alumno, nacido en la provincia de Calabria, más de cincuenta leguas de aquí. Queréd bien a vuestro compañero que de tan lejos viene. Ha nacido en la tierra gloriosa que dio a Italia hombres ilustres, y hoy le da honrados labradores y valientes soldados: es una de las comarcas más hermosas de nuestra patria, en cuyas espesas selvas y elevadas montañas habita un pueblo lleno de ingenio y de corazón esforzado. Tratadlo bien, a fin de que no sientá estar lejos del país natal; hacerle ver que todo chico italiano, encuentra hermanos en toda escuela italiana donde ponga el pie”. Dicho esto, se levantó y nos enseñó en el mapa de Italia el punto donde está la provincia de Calabria. Después llamó a Ernesto Deroso, que es el que saca siempre el primer premio. Deroso se levantó: “Ven aquí”, añadió el maestro. Deroso salió de su banco y se colocó junto a la mesa, enfrente del calabrés. “Como el primero de la escuela —dijo el profesor—, da el abrazo, de bienvenida, en nombre de toda la clase, al nuevo compañero; el abrazo de los hijos del Piamonte al hijo de Calabria”. Deroso murmuró en voz conmovida: “¡Bienvenido!” y abrazó al calabrés; éste le besó en las mejillas, con fuerza. Todos aplaudieron. “¡Silencio! —gritó el maestro—, en la escuela no se aplaude”. Pero se veía que estaba satisfecho, y hasta el calabrés parecía hallarse contento. El maestro le designó sitio y le acompañó hasta su banco. Después repuso “Acordaos bien de lo que os digo. Lo mismo que un muchacho de Calabria está como en su casa en Turín, uno de Turín debe estar en su propia casa en Calabria; por esto luchó nuestro país cincuenta años y murieron treinta mil italianos. Os debéis respetar y querer todos mutuamente; cualquiera de vosotros que ofendiese a este compañero por no haber nacido en nuestra provincia, se haría para siempre indigno de mirar con la frente levantada la bandera tricolor”. Apenas el calabrés se sentó en su sitio, los más próximos le regalaron plumas y estampas, y otro chico, desde el último banco, le mandó un sello de Suecia.



MIS COMPAÑEROS

Martes 25.—El muchacho que envió el sello al calabrés es el que me simpatiza más de todos. Se llama Garrón y es el mayor de la clase; tiene cerca de catorce años, la cabeza grande y los hombros anchos; es bueno, se le conoce hasta cuando se ríe y parece que piensa siempre como un hombre. Ahora conozco ya a muchos de mis compañeros. Otro me agrada también, se apellida Coreta, y usa un chaleco de punto color chocolate y gorra de piel. Siempre está alegre. Es hijo de un empleado de ferrocarriles que ha sido soldado en la guerra de 1866, de la división del príncipe Humberto y que dicen tiene tres cruces. El Pequeño Nelle un pobre jorobadito, gracioso, de rostro descolorido. Hay uno muy bien vestido, que se está siempre quitando las motas de ropa y de nombre Votino. En el banco delante del mío hay otro muchacho que llaman el albañilito, porque su padre es albañil; de cara redonda como una manzana y de nariz roma. Tiene particular habilidad para poner el hocico de liebre; todos le piden que lo haga y se ríen; lleva un sombrero viejo que se lo encasqueta como pañuelo. Al lado del albañilito está Garofi, un tipo alto y grueso, con la nariz de pico de loro y los ojos muy pequeños, que anda siempre vendiendo plumas, estampas y cajas de fósforos, y se escribe la lección en las uñas para leerla a hurtadillas. Hay después un señorito Carlos

Nobis, que parece algo orgulloso y se halla entre dos muchachos que me son simpáticos: el hijo de un forjador de hierro, metido en una chaqueta que llega hasta las rodillas, pálido con palidez de enfermo, que parece siempre asustado y que no se ríe nunca; y otro con los cabellos rojos que tiene un brazo inmóvil y lo lleva pegado al cuerpo; su padre está en América y su madre vende hortalizas. Es también un tipo curioso mi vecino de la izquierda: Estardo, pequeño y tosco, sin cuello, gruñón, no habla con nadie y creo que entiende poco; pero no quita el ojo al maestro, sin mover los párpados, con la frente arrugada y apretando los dientes y si le preguntan cuando el maestro habla, la primera y la segunda vez no responde, y la tercera pega un cachete. Tiene a su lado a uno de fisonomía oscura y sucia, que se llama Franti y que fue expulsado ya de otra escuela. Hay también dos hermanos, con vestidos iguales, que parecen gemelos y que llevan sombreros calabreses con plumas de faisán. Pero el mejor de todos, el que tiene más ingenio, el que también será este año el primero, de seguro es Deroso; y el maestro que ya lo ha comprendido así le pregunta siempre. Yo, sin embargo quiero más a Precusa, el hijo del herrero el de la chaqueta larga, el que parece enfermo. Dicen que su padre le pega. Es muy tímido: cada vez que pregunta o toca a alguien, dice: "Dispénsame"; y mira constantemente con ojos tristes y bondadosos. Garrón, sin embargo, es el mayor y el mejor de todos.

UN RASGO GENEROSO

Miércoles 26.—Precisamente esta mañana se ha dado a conocer Garrón. Cuando entré en la escuela —un poco tarde, porque me había detenido la maestra de la primera clase superior para preguntarme a qué hora podría ir a casa y encontrarnos— el maestro no estaba allí todavía, y tres o cuatro muchachos atormentaban al pobre Crosi, el pelirrojo del brazo malo y cuya madre es verdulera. Le pegaban con las reglas, le tiraban a la cara cáscaras de castañas y le ponían motes y remedaban, imitándolo con un brazo pegado al cuerpo. El pobre estaba solo en la punta del banco, asustado, y daba compasión verlo mirando ya a uno ya al otro con ojos suplicantes para que lo dejaran en paz; pero los otros le vejaban más, y entonces él empezó a temblar y a ponerse encarnado de rabia. De pronto Franti, el de la cara sucia, saltó sobre un banco, y haciendo además de llevar dos cestas en los brazos, remedió a la madre de Crosi cuando venía a esperarle a la puerta pues a la sazón no lo hace por estar enferma. Muchos se echaron a reír

a carjadas. Entonces Crosi perdió la paciencia, y cogiendo un tintero se lo tiró a la cabeza con toda su fuerza; pero Franti se agachó, y el tintero fue a dar en el pecho del maestro, que entraba precisamente. Todos se fueron a su puesto y callaron atemorizados. El maestro, pálido, subió a la mesa, y con voz alterada preguntó: “¿Quién ha sido?”; ninguno respondió. El maestro gritó otra vez alzando aún más la voz: “¿Quién?” Entonces Garrón, dándole lástima el pobre Crosi se levantó de pronto y dijo resueltamente. “Yo he sido”.

El maestro lo miró, miró a los alumnos, que estaban atónitos, y luego repuso con voz tranquila: “No has sido tú”. Y después de un momento, añadió: —El culpable no será castigado. ¡Que se levante!— Crosi se levantó y prorrumpió a llorar: “Me pegaban, me insultaban, yo perdí la cabeza y tiré...” “Siéntate —interrumpió el maestro—. ¡Que se levanten los que le han provocado! Cuatro se levantaron con la cabeza baja.

“Vosotros —dijo el maestro— habéis insultado a un compañero que no os provocaba, os habéis reído de un desgraciado y habéis golpeado a un débil que no se podía defender. Habéis cometido una de las acciones más bajas y más vergonzosas con que se puede manchar criatura humana. ¡Cobardes!”

Dicho esto, salió por entre los bancos, tomó la cara a Garrón que estaba con la vista en el suelo, y alzándole la cabeza y mirándolo fijamente le dijo: “¡Tienes un alma noble!”

Garrón aprovechando la ocasión murmuró no sé qué palabras al oído del maestro, y éste, volviéndose hacia los cuatro culpables, dijo bruscamente: “Os perdono”.

MI MAESTRA DE LA PRIMERA CLASE SUPERIOR

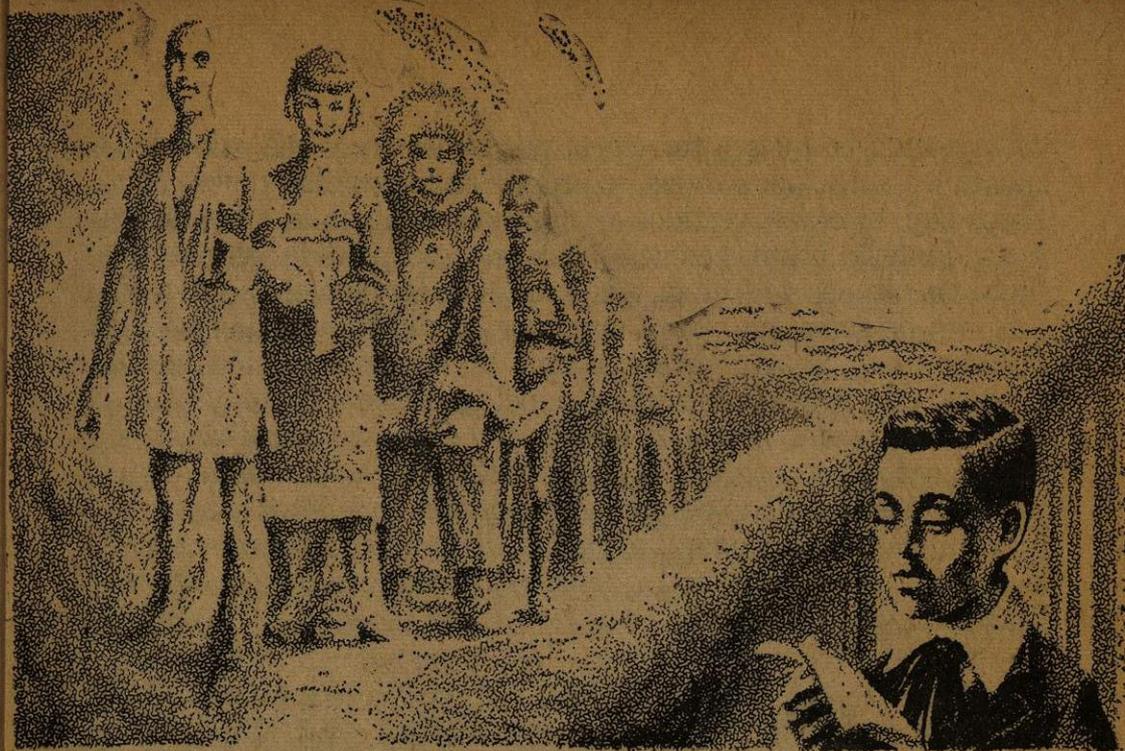
Jueves 27.—Mi maestra ha cumplido su promesa: ha llegado hoy a casa en el momento en que iba a salir con mi madre para llevar ropa blanca a una pobre mujer, cuya necesidad habíamos leído anunciada en los periódicos. Hacía ya un año que no la habíamos visto en casa; así es que tuvimos todos grande alegría. Es siempre la misma; pequeña, con su velo verde en el sombrero vestida a la buena de Dios y mal peinada, pues nunca tiene tiempo más que de alisarse; pero un poco más descolorida que el año último, con algunas canas y tosiendo mucho. Mi madre le preguntó: “¿Cómo va esa salud, querida profesora? Usted no se cuida bastante”. “¡Eh! no importa”, respondió con una sonrisa alegre y melancólica a la vez. “Usted habla demasiado alto —añadió mi madre— y trabaja demasiado con los chiquitines”. Es verdad: siempre se está escu-

chando su voz, lo recuerdo de cuando yo iba a la escuela; habla mucho para que los niños no se distraigan y no está un momento sentada. Estaba bien segura de que vendría, porque no se olvida jamás de sus discípulos; recuerda sus nombres por años; los días de los exámenes mensuales corre a preguntar al director qué notas han sacado; los espera a la salida y pide que le enseñen sus composiciones para ver los progresos que han hecho; así es que van a buscarla al colegio muchos que usan ya pantalón largo y reloj. Hoy volvía muy agitada del Museo donde había llevado a los alumnos como todos los años, pues dedica siempre los jueves a estas excursiones, explicándoles todo. ¡Pobre maestra, qué delgada está! Pero es siempre viva, y se reanima cuando habla de su escuela. Ha querido que le enseñemos la cama donde me vio muy malo hace dos años y que ahora es de mi hermano; la ha mirado un buen rato y no podía hablar de emoción. Se ha ido pronto para visitar a un chiquillo de su clase, hijo de un sillerero, enfermo con sarampión y porque tenía después que corregir varias pruebas, toda la tarde de trabajo; aún debía dar la primera noche una lección particular, de aritmética, a cierta chica del comercio. “Y bien, Enrique —me dijo al irse—: ¿quieres todavía a tu antigua maestra, ahora que resuelves ya problemas difíciles y haces composiciones largas?” Me ha besado y me ha dicho, ya desde lo último de la escalera: “No me olvides, Enrique” . . . ¡Oh, mi buena maestra, no me olvidaré de ti! Aun cuando sea mayor siempre te recordaré e iré a buscarte entre tus chicuelos y cada vez que pase por la puerta de una escuela y oiga la voz de una maestra, me parecerá escuchar tu voz y pensaré en los dos años que pasé en tu clase, donde tantas cosas aprendí, donde tantas veces te vi enferma y cansada, pero siempre animosa, indulgente, desesperada cuando tomaba un vicio en los dedos al escribir, temblorosa cuando los inspectores nos preguntaban, feliz cuando salíamos airosos, y constantemente buena y cariñosa como una madre . . . ¡Nunca, nunca te olvidaré, maestra querida! . . .

EN UNA BUHARDILLA

Viernes 28.—Ayer tarde fui con mi madre y con mi hermana Silvia a llevar ropa blanca a la pobre mujer recomendada en los periódicos; yo llevé el paquete y Silvia el diario, con las iniciales del nombre y la dirección. Subimos hasta el último piso de una casa alta y llegamos a un corredor largo, donde había muchas puertas. Mi madre llamó en la última; nos abrió una mujer, joven aún, rubia

y macilenta, que al pronto me pareció haberla visto ya en otra parte con el mismo pañuelo azul a la cabeza: “¿Es usted la del periódico?”, preguntó mi madre. “Sí, señora, yo soy”. “Pues bien, aquí le traemos esta poca de ropa blanca”. La pobre mujer no acababa de darnos las gracias, de bendecirnos. Yo, mientras tanto, vi en un ángulo de la obscura y desnuda habitación un muchacho arrodillado delante de una silla, con la espalda vuelta hacia nosotros y que parecía estar escribiendo, y escribía efectivamente, teniendo el papel en la silla y el tintero en el suelo. ¿Cómo se las componía para escribir casi a oscuras? Mientras decía esto para mis adentros reconocía los cabellos rubios y la chaqueta de mayoral de Crosi, hijo de la verdulera, el del brazo malo. Se lo dije muy bajo a mi madre mientras la mujer recogía la ropa. “¡Silencio! —me replicó—. Puede ser que se avergüence al verte dar una limosna a su madre; no le llames”. Pero en aquel momento, Crosi se volvió; yo no sabía qué hacer, y entonces mi madre me dio un empujón para que corriese a abrazarlo. Le abracé, y él se levantó y me tomó la mano. “Hémos aquí —decía entretanto su madre a la mía—; mi marido está en América desde hace seis años, y yo, por añadidura, enferma y sin poder ir a la plaza con verduras para ganarme algunos cuartos. No me ha quedado ni tan sólo mesa para que mi pobre Luis pueda trabajar. Cuando tenía abajo el mostrador en el portal, al menos podía escribir sobre él; pero ahora me lo han quitado. Ni siquiera algo de luz para estudiar y que no pierda la vista; y gracias que le puedo mandar a la escuela porque el Ayuntamiento le da libros y cuadernos. ¡Pobre Luis, tú que tienes tanta voluntad de estudiar! ¡Y yo, pobre mujer, nada puedo hacer por ti”. Mi madre le dio cuanto llevaba en el bolsillo, besó al muchacho y casi lloraba cuando salimos y tenía razón para decirme: “Mira ese chico; cuántas estrecheces para trabajar, y a ti, que tienes tantas comodidades todavía te parece duro el estudio! ¡Oh, Enrique mío: tiene más mérito su trabajo de un día, que todos tus estudios de un año! ¿A cuál de los dos le deberían dar los primeros premios?”



LA ESCUELA

Viernes 28.—“Sí, querido Enrique: el estudio es duro para ti, como dice tu Madre; no te veo ir a la escuela con aquel ánimo resuelto y aquella cara sonriente que yo quisiera. Tú eres algo terco; pero oye: piensa un poco y considera, ¡qué despreciables y estériles serían tus días si no fueses a la escuela! Juntas las manos, de rodillas, pedirías al cabo de una semana volver a ella, consumido por el hastío y la vergüenza, cansado de tu existencia y de tus juegos. Todos, todos estudian ahora, Enrique mío. Piensa en los obreros que van a la escuela por la noche, después de haber trabajado todo el día; en las mujeres, en las muchachas del pueblo que van a la escuela los domingos después de haber trabajado toda la semana; en los soldados que echan mano de libros y cuadernos cuando vienen rendidos de sus ejercicios; piensa en los niños mudos y ciegos que, sin embargo, estudian, y hasta en los presos, que también aprenden a leer y escribir. Pero ¡qué más! piensa en los innumerables niños que se puede decir que a todas horas van a la escuela en todos los países; míralos con la imaginación cómo van por las callejuelas solitarias de la aldea, por las concurridas calles de la ciudad, por la orilla de los mares y de los lagos, ya bajo un sol ardiente, ya entre tinieblas, embarcados, en los países cortados por canales, a caballo por las grandes llanuras; en zuecos sobre la nieve, por valles y colinas,

atravesando bosques y torrentes; por los senderos solitarios de las montañas, solos, por parejas, en grupos, en largas filas, todos con los libros bajo el brazo, vestidos de mil modos hablando miles de lenguas; desde las últimas escuelas de Rusia, casi perdidas entre hielos, hasta las últimas de Arabia, a la sombra de las palmeras, millones y millones de seres que van a aprender en mil formas diversas, las mismas cosas; imagina ese vastísimo hormiguero de niños de mil pueblos, este inmenso movimiento, del cual forma parte, y piensa: si este movimiento cesare, la humanidad caería en la barbarie; este movimiento es el progreso, la esperanza, la gloria del mundo. Valor, pues, pequeño soldado del inmenso ejército. Tus libros son tus armas, tu clase es tu cuadra, el campo de batalla la tierra entera, y la victoria la civilización humana. ¡No seas un soldado cobarde, Enrique mío!—*Tu padre*".



EL PEQUEÑO PATRIOTA PADUANO

(Cuento mensual)

Sábado 29.—No seré un soldado cobarde, no; pero iría con más gusto a la escuela si el maestro nos refiriese todos los días un cuento como el de esta mañana. Todos los meses, dice, nos contará

uno, nos lo dará escrito, y será siempre el relato de una acción buena y verdadera llevada a cabo por un niño. El *pequeño patriota paduano* se llama el de hoy. Helo aquí: "Un naviero francés partió de Barcelona, ciudad de España, para Génova, llevando a bordo franceses, italianos, españoles y suizos. Había entre otros un chico de once años, solo, mal vestido, que estaba siempre aislado como animal salvaje, mirando a todos de reojo. Y tenía razón para mirar a todos así. Hacía dos años que su padre y su madre, labradores de los alrededores de Padua, le habían vendido al jefe de cierta compañía de titiriteros, el cual, después de haberle enseñado a hacer varios juegos a fuerza de puñetazos, puntapiés y ayunos, le había llevado a través de Francia y España pegándole siempre y no quitándole nunca el hambre. Llegando a Barcelona, y no pudiendo soportar ya los golpes y el ayuno, reducido a un estado que inspiraba lástima, se escapó de su carcelero y corrió a pedir protección al cónsul de Italia, el cual compadecido le había embarcado en aquel bajel, dándole una carta para el alcalde de Génova, que debía enviarlo a sus padres, a los padres que lo habían vendido como vil bestia. El pobre muchacho estaba lacerado y enfermizo. Le había dado billete de segunda clase. Todos le miraban, algunos le preguntaban; pero él no respondía y parecía que odiaba a todos: ¡tanto le habían irritado y entristecido las privaciones y los golpes! Al fin tres viajeros, a fuerza de insistencia en sus preguntas, consiguieron hacerle hablar, y en pocas palabras, toscamente dichas, mezcla de español, de francés y de italiano, les contó su historia. No eran italianos aquellos tres viajeros, pero le comprendieron y parte por compasión y parte por excitación del vino, le dieron algunos cuartos, instándole para que contase más. Habiendo entrado en la cámara en aquel momento algunas señoras, los tres, por darse tono, le dieron aún más dinero, gritando: "¡Toma, toma más!" Y hacían sonar las monedas sobre la mesa. El muchacho cogió, dando las gracias a media voz, con aire malhumorado; pero con una mirada, por primera vez en su vida, sonriente y cariñosa. Después se fue sobre cubierta y permaneció allí solo pensando en las vicisitudes de su vida. Con aquel dinero podía tomar algún buen bocado a bordo, después de dos años que sólo se alimentaba de pan; podía comprarse una chaqueta apenas desembarcara en Génova, después de dos años que iba vestido de andrajos y podía también, llevando algo a su casa tener mejor acogida del padre y de la madre, que si se hubiese llegado con los bolsillos vacíos. Aquel dinero era para él así una fortuna, y en esto pensaba, consolándose asomado a la claraboya, mientras los tres viajeros conversaban sentados a

la mesa, y en medio de la cámara de segunda clase. Bebían y hablaban de sus viajes y de los países que habían visto, y de conversación en conservación vinieron a hablar de Italia. Empezó uno a quejarse de sus fondas; otro, de sus ferrocarriles y después, todos juntos, animándose, hablaron mal de todo. Uno, hubiera preferido viajar por la Laponia; otro decía que no había encontrado en Italia más que estafadores y bandidos; el tercero, que los empleados italianos no sabían leer. "Un pueblo ignorante", decía el primero. "Sucio" añadió el segundo. La..." exclamó el tercero; y quiso decir ladrón, pero no pudo acabar la palabra. Una tempestad de cuartos y de medias pesetas cayó sobre la mesa y sobre el suelo con infernal ruido. Los tres se levantaron furiosos mirando hacia arriba y aún recibieron un puñado de cuartos en la cara. "Recobrad vuestro dinero —dijo con desprecio el muchacho, asomado a la claraboya—: yo no acepto limosna de quienes insultan a mi patria".



NOVIEMBRE

EL DESHOLLINADOR

1º de noviembre.—Ayer tarde fui a la escuela de niñas que está al lado de la nuestra, para darle el cuento del muchacho paduano a la maestra de Silvia que lo quería leer. ¡Setecientas mu-

chachas hay allí! Cuando llegué, empezaban a salir, todas muy contentas por las vacaciones de Todos Santos y Difuntos y ¡qué cosa tan preciosa presencié allí! Frente a la puerta de la escuela, en la otra acera estaba con un codo apoyado en la pared y con la frente apoyada en la mano, un deshollinador muy pequeño, de cara completamente negra, con saco y un raspador, que lloraba sollozando amargamente; Dos o tres muchachas de la segundo sección se le acercaron y le dijeron: "¿Qué tienes, que lloras de esa manera?" Pero él no respondía y continuaba llorando. "Pero, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras?", repetían las niñas; y entonces él separó el rostro de la mano, un rostro infantil, y dijo gimiendo, que había estado en varias casas a limpiar chimeneas, que había ganado seis reales y los había perdido porque se le escurrieron por el agujero de un bolsillo roto, y no se atrevía a volver a su casa sin los cuartos. "El amo me pega", decía sollozando; y volvió a la misma postura que antes, gemía como un desesperado. Las chiquillas se quedaron mirándole muy serias. Entretanto se habían acercado otras muchachas, grandes y pequeñas, pobres y acomodadas, con sus cartenas bajo el brazo; una de las mayores, que llevaba una pluma azul en el sombrero, sacó del bolsillo diez céntimos y dijo: "No tengo más que esto que ves; hagamos la colecta". "También tengo yo diez —dijo otra vestida de encarnado— y podemos, entre todas, reunir hasta lo que falta". Entonces comenzaron a llamarse: "¡Amalia, Luisa, Anita, eh, cuartos! Tú, ¿quién tiene cuartos? ¡Vengan cuartos!" Muchas llevaban dinero para comprar flores o cuadernos, y los entregaban en seguida. Algunas más pequeñas sólo pudieron dar dos céntimos. La de la pluma azul recogía todo y lo contaba con voz alta: "Ocho, diez, quince!" pero hacía falta más. Entonces llegó la mayor de todas, que parecía una maestra, dio un real y todas le hicieron una ovación. Pero faltaba aún treinta y cinco céntimos. "Ahora vienen las de la cuarta", dijo una. Las de la clase cuarta llegaron y los cuartos llovieron. Todas se arremolinaban y era un espectáculo hermoso ver aquel pobre deshollinador en medio de aquellos vestidos de tantos colores, de todo aquel círculo de plumas, de lazos y de rizos. Los seis reales se habían ya reunido, y aun pasaban, y las más pequeñas, que no tenían dinero, se abrían paso entre las mayores llevando sus ramitos de flores, por darle también algo. De allí a un rato acudió la portera, gritando: "¡La señora directora!" Las muchachas escaparon por todos lados como gorriones a la desbandada, y entonces se vio al pobre deshollinador, solo en medio de la calle, enjugándose los ojos, tan contento, con las manos llenas de dinero y ostentando ramitos